

Juana Ramírez

o la modestia de un prodigio

Miguel Ángel García Rojas*

¿Qué mágicas infusiones de los indios herbolarios
de mi Patria, entre mis letras el hechizo derramaron?
Sor Juana Inés de la Cruz



Es casi seguro que el grueso de los mexicanos de hoy ha tenido noticia de sor Juana Inés de la Cruz a través de medios no propiamente literarios. Entre ellos están el retrato de Miguel Cabrera, que ilustró los libros de Español de la SEP en 1993; su rostro en los billetes de doscientos pesos y los primeros dos versos de la *Sátira filosófica*, esos que todos mencionan, pocos comprenden y muchos malinterpretan. Debido a las circunstancias de la producción literaria y el estatus clerical del “numen prodigioso”, llamado así por Luis Tineo de Morales, es factible un acercamiento a sus motivaciones y rasgos de su personalidad, de los que este texto destaca uno: la modestia... o falsa modestia,

como pretenden algunos. Sabedora de la alabanza y admiración de sus lectores contemporáneos, sor Juana expresa en ocasiones, en verso y en prosa, algunos tópicos de falsa modestia, recurso retórico para obtener la atención y benevolencia de quien la lee, como excusarse por una falta de talento, la autodescalificación –que es más frecuente– y el hecho de establecer que escribía principalmente por mandato. Pero ¿hasta qué punto el uso de esta fórmula se vuelve insincero? ¿Este ardid resta valor literario y cultural a la obra de sor Juana? Sométanse entonces a prueba algunas muestras que la Fénix de América ha dejado.

En unos de sus romances epistolares, después de enarbolar las virtudes de su destinatario –otra característica de la *captatio benevolentiae*–, se disculpa por su “rústico talento”, argumentando que sus versos surgieron para distraer su ocio y su pena. Dice

Fecha de
recepción:
2021-10-08
Fecha de
aceptación:
2021-11-15



* Estudiante de la Licenciatura en Literatura, UACJ.

también que no es su intención darlos a conocer y se muestra un tanto agradecida de que pasasen “de la bajeza de míos / a la elevación de vuestros”¹

Los argumentos de autodescalificación son frecuentes e incluso insistentes. Para muestra téngase en cuenta el romance en el que agradece “a las inimitables plumas de la Europa, que hicieron mayores sus obras con sus elogios”:

¿Cuándo, Númenes divinos,
dulcísimos Cisnes, cuándo
merecieron mis descuidos
ocupar vuestros cuidados?²

En todo el romance interpela a sus admiradores, les pregunta qué es lo que vieron en ella para desbordar su tinta para elevar su gloria. Llega aún más lejos al calificarse a sí misma como mujer ignorante, al sentir vergüenza por los elogios; incluso, les atribuye a las fuerzas estelares la razón de que su obra sea ensalzada. No ocurre lo contrario al principio de la célebre *Respuesta*, donde dice: “¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo y la más indigna de ocupar vuestra atención?”³ Es claro que esta actitud, quizá porque se dirige a la autoridad del obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, se corresponde con los votos que las monjas jerónimas profesan, a saber, pobreza

y obediencia –además de castidad y clausura–, y en general con el modelo del comportamiento cristiano.

Igualmente gozan de popularidad las líneas, que aparecen también en la *Respuesta*, en las que declara: “Demás, que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman *El sueño*”⁴ Como lectores inhábiles que algunos hemos sido, sabemos desde el inicio del poema al modo gongorino que no es ningún papelillo, como sor Juana lo califica. Por otro lado, la razón de escudarse en sus trabajos como encargos la pone precisamente detrás de un baluarte apologético, es decir, si sus textos se preciaran de malos, la razón sería la voluntad de otros; si se valoraran como buenos, que lo fueron y lo siguen siendo, el mérito sería para mecenas y protegido y su modestia se conservaría.

Ahora bien, el ejemplo más vivo en donde se puede resumir la supuesta sencillez de la autora novohispana es su romance *Prólogo al lector*, que aparece como primero en la recopilación de sus obras. Se disculpa diciendo inmediatamente que sus versos “solo tienen de buenos / conocer yo que son malos, [...]”⁵ esto es, argüir falta de talento y autodescalificarse. Además, se contradice al escribir primero que no

¹ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas* (pról. Francisco Monterde). Porrúa, México, 2004, p. 60.

² *Ibidem*, p. 73.

³ *Ibidem*, p. 827.

⁴ *Ibidem*, p. 845.

⁵ *Ibidem*, p. 3.

pretende justificarlos, sin embargo, con una preterición más adelante cuenta que no ha tenido oportunidad de hacer correcciones por sus pocos espacios de ocio y por su salud desgastada. También retoma la razón por la que salen a la luz sus versos, no porque ella así lo deseara, sino, una vez más, por disposición de alguien superior.

Entonces, retomando la cuestión inicial, ¿estos ejemplos alientan a establecer que sor Juana discurría en los territorios de la persuasión retórica con cierta malicia? En primer lugar, considérese que no escribía precisamente para la plebe, como bien observa Georgina Sabat de Rivers.⁶ Sus discursos tienen un carácter mayormente amoroso, religioso y erudito. Sobre esto último no hay que dejar de lado que sabía latín y lo ejercitaba constantemente, conocía muy bien la literatura grecolatina, la retórica, y cita constantemente a grandes pensadores clásicos, principalmente al rétor Quintiliano en la *Respuesta*, de quien parafrasea aquello de “*minorem spei, maiorem benefacti gloriam pereunt*”,⁷ de nuevo, para mostrar sencillez en su discurso. Es evidente que partiendo de esto se aleja de ser una mujer ignorante, como ella se calificó.

Este ensayo concuerda con lo que propone Francisco Monterde en cuanto al nivel de escritura de Juana Ramírez. Su producción fluctúa entre el

culteranismo gongorino ejecutado con maestría en el *Primero sueño* –para el que Méndez Plancarte nos facilitó una utilísima prosificación– y una sencillez tan franca como para que los menos cultos recuerden aquellos versos de “Hombres necios...”, letras inscritas incluso en algún muro de la ciudad.⁸

Así pues, en este influjo de ida y vuelta entre el misticismo, la erudición, las emociones y la naturalidad de lo cotidiano, puede concebirse la vida y obra de la Décima Musa. Entre el encargo de textos, los ratos de ocio, los quehaceres y el contraste entre la vida religiosa y las aspiraciones propias es donde nace lo llamativo y trascendente del legado de sor Juana. Con la humildad propia de los sabios de todos los tiempos y con el conocimiento de las virtudes universales, la jerónima sella su nombre en los libros de la historia. Octavio Paz, imposible no mencionarlo en un estudio de la poetisa, escribe:

Es claro que hay una relación entre la vida y la obra de un escritor pero esa relación nunca es simple. La vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica la vida. Entre una y otra hay una zona vacía, una hendedura. Hay algo que está en la obra que no está en la vida del autor; ese algo es lo que se llama creación o invención artística y literaria.⁹

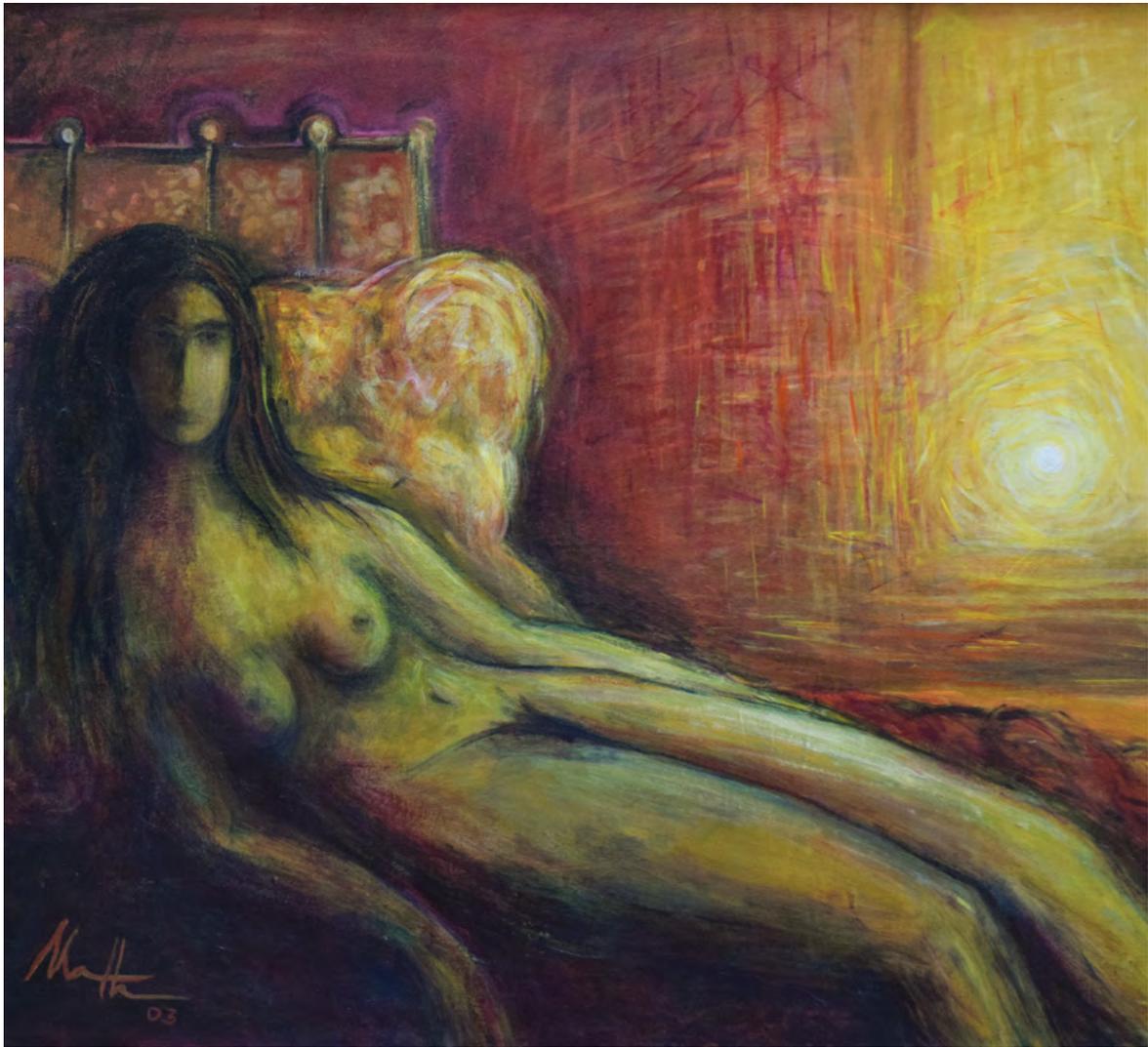
⁶ Georgina Sabat de Rivers, “Contemporáneos de Sor Juana; las monjas portuguesas y los *Enigmas* (con soluciones)”, en *En busca de Sor Juana*. UNAM, México, 1998, p. 207.

⁷ Sor Juana, *op. cit.*, p. 827.

⁸ *Ibidem*, p. XIV.

⁹ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. Seix Barral, México, 1986, p. 13.





Martha Legarreta. El peso del día, 2003.

sor Juana, pues, se justifica poco porque realmente no necesita hacerlo. En fin, el acto de escribir es un acto de confesión. De cuánto nos sigue hablando esta mujer enigmática, a pesar de sus limitaciones y censuras. Probablemente calló mucho más de lo que sabemos, pero es cierto que “todo silencio humano contiene un habla”,¹⁰ y sor Juana Inés de la Cruz afirma “que el callar no es no haber qué decir, sino

no caber en las voces lo mucho que hay que decir”.¹¹

Ahora su imagen (palabra que forma el anagrama de enigma) circula en los billetes de cien pesos. No se infiera por esto que su valor literario esté en devaluación. 

¹⁰ Octavio Paz, *El arco y la lira: el poema, la revelación poética, poesía e historia*. FCE, México, 1996. p. 56.

¹¹ J. De la Cruz, *op. cit.*, p. 828.